

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Nubes oscuras en el horizonte – Hch. 21 y 22
(15 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Nubes oscuras en el horizonte – Hch. 21 y 22 (15 días)

Día 1

Hch. 21:1-16; 1.Co. 16:1-4

Pensamientos contradictorios

El informe de Lucas parece tan natural como las olas murmuran al lado de un barco. Sin embargo debemos tener en cuenta, que viajes en barco en aquel tiempo eran complicados y peligrosos, por lo cual las excursiones de barco de vela se realizaban en lo posible cerca de las costas.

Sin embargo el hecho de que el grupo de viajeros eligiera un barco mercante, que pasaba desde Pátara (costa suroeste de Turquía) a Tiro (Libano) y cruzando directamente el Mar Mediterráneo, nos señala que tenían cierto apuro. Pablo quería celebrar la fiesta de Pentecostés en la iglesia en Jerusalén y entregar allí la importante colecta de los cristianos gentiles (Ro. 15:26,27). Pero el tiempo era corto.

A Pablo inquietaban además pensamientos contradictorios respecto a la meta de su viaje. Por un lado le alentaba el plan de predicar pronto el evangelio en España (Ro. 15:28), pues el encargo misionero ardía en su corazón (lea 1.Co. 9:16). Por otro lado él estaba inseguro, de qué manera sería aceptado en Jerusalén. ¿Acaso los judíos creyentes aceptarían una ofrenda de los creyentes gentiles?

El apóstol, llamado a evangelizar a los gentiles, estaba consciente que se le acercaba una tormenta. Respecto a todas estas inseguridades, Pablo escribe abiertamente a los hermanos en Roma y les pide su intercesión (lea Ro. 15:30-32). Poco antes de su salida de Corinto había escrito esa carta impresionante a la iglesia en Roma. Ahí reflexiona, entre otros, acerca de su propósito de vida, del rol de Israel y la base de su misión entre los gentiles.

En Tiro y en Cesarea le rogaron a Pablo de no viajar a Jerusalén. Creyentes experimentados, además teniendo visión futura, vieron un tiempo de sufrimiento para el apóstol y le aconsejaron no seguir viaje.

De estas advertencias nos ocuparemos mañana.

Día 2

Hch. 21:4,10-12, Nm. 27:21

La decisión discutida

Diariamente tomamos muchísimas decisiones. El asunto ya comienza en la mañana: ¿levantarse o quedarse otro rato acostado? ¿Tomar la autopista o mejor calles secundarias? ¿Comprar esto o aquello? ¿Agarrar la Biblia o el “smartphone”? Nuestra vida se volvió tan complicada, que existen teorías que ayudan para tomar decisiones y también hay investigadores para eso. Uno de ellos, Daniel Kahneman, recibió el premio nobel por sus estudios.

En nuestro párrafo bíblico también se trata de tomar decisiones: “Pablo, ¡regresa, no vayas a Jerusalén! Es demasiado peligroso. Nosotros aún te necesitamos...” dicen los creyentes, que quieren lo mejor para Pablo, que cuidan de él y que habían pedido la guía del Espíritu Santo. Pablo mismo ya sabía hace tiempo: “... tengan en cuenta que voy a Jerusalén obligado por el Espíritu, sin saber lo que allí me espera. Lo único que sé es que en todas las ciudades el Espíritu Santo me asegura que me esperan prisiones y sufrimientos” (Hch. 20:22,23 NVI).

¿Acaso se contradice el Espíritu Santo? No. Aunque nos parezca así, comparándolo con el versículo 4. Por su advertencia más bien habla el deseo humano en vez del Espíritu de Dios (comp. Mt. 16:21-23).

El profeta Agabo mostraba por su hecho simbólico lo que a Pablo le esperaba. Él no dio ningún consejo. Más bien los oyentes asediaron a Pablo a no entregarse a estos sufrimientos. Estos argumentos le conmovieron mucho.

Sin embargo se decidió más bien sufrir por Jesús y morir, que escoger otro camino. Eso ayudó a los discípulos cambiar su manera de pensar y reconocer la voluntad de Dios y aceptarla (v.13-15).

La Palabra de Dios nos ayuda también a nosotros, a ir firmemente en nuestro camino con Él, a pesar de un “coro” de otras opiniones. (Lea Sal. 25:9-15.)

Día 3

Hch. 21:1,4,5,7,8,17

Lugares de cuidado,

Pablo y sus compañeros de viaje experimentaron: En Mileto Pablo tuvo que “soltarse a la fuerza” de los ancianos de Éfeso. Había muchas lágrimas y muchas oraciones. La despedida era muy dolorosa.

Pero después, a cada lugar a donde Pablo llegaba con los que le acompañaron, encontraron hermanos con sus familias, comunidades pequeñas o más grandes, que seguían a Jesús. Pablo buscaba siempre el contacto con los creyentes. Estos recibieron el grupo de viajeros amablemente y les proporcionaron lo que necesitaban. Así los viajeros no tenían que mandar valijas o cajas delante de ellos. De este modo podían viajar según lo que leemos en Mr. 6:7-10.

En las casas había de todo: baños, para refrescarse; en caso de problemas de salud había médicos cerca que podían ayudar. También la vestimenta se podía lavar y arreglar. En las casas de los creyentes judíos podían vivir y los invitaban a comer. También podían intercambiar sus experiencias que habían tenido con el Señor Jesús. Esto no era siempre fácil para los cristianos de aquel tiempo. Todo eso era un proceso de aprendizaje del estilo de vida cristiana, de otra manera los apóstoles no hubieran exhortado específicamente el ejercicio de la hospitalidad (Tit. 1:7-9; He. 13:2; 1.P. 4:9).

Este texto nos debe servir de estímulo para nuestro trato mutuo: estar dispuesto para preparar una buena comida y un lugar de descanso para una visita, aunque llegue sorpresivamente; tratarnos atentamente unos a otros; orar los unos por los otros; leer juntos la Palabra de Dios; darnos cuenta si alguien está desanimado y triste, sirviéndole de aliento. También debemos luchar juntos para tomar buenas decisiones, como lo hicieron los hermanos. Tratemos de no irritarnos mutuamente por pequeñeces, sino estemos expectantes, con corazones abiertos, por lo que Dios quiere hacer con nosotros en este mundo. (Lea Fil. 2:13-15.)

Día 4

Sal. 48:1-14

Pequeña desviación: ¡ah! Jerusalén

Desde que David te conquistó de los jebuseos, y te hizo su capital, llegaste más y más a ser el centro estratégico del mundo en aquel entonces. Has experimentado ascenso y descenso, diferentes sitios, hambre y en tus calles corría la sangre de los asesinados. Los poderosos alrededor tuyo lucharon por tu simpatía o te esclavizaron, te llevaron a ti y a tus hijos al exilio y a la miseria.

Jesús, el singular hombre de Dios entre tus murallas, quería hacer las paces entre Dios y tú, Jeruschalajim. Pero tú no lo querías, lo rechazaste y lo mandaste a la sangrienta crucifixión. Cuando Él por última vez, siendo libre, te miraba y lloraba, porque tú “matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados” (Mt. 23:37-39).

Pero sus discípulos salieron de ti a todo el mundo, difundiendo el buen mensaje de la salvación, la que Él había conseguido por su muerte. Entre ellos también estaba Pablo, un dotado estudiante de teología, un cascarrabias, quien, siendo joven, perseguía a los cristianos. Después llegó a ser un ardiente seguidor del Señor Jesús. Cuando cierto día volvió de su último viaje misionero, nadie se imaginaba que tú estarías, diez años más tarde, completamente destruida. Todos los judíos fueron dispersos y vivían entre pueblos extraños.

Recién en 1948 volvieron a su país, y la lucha por la existencia y por ti, Jerusalén, siguió. El día 6 de diciembre de 2017 el presidente de los EEUU dijo: “... Llegué a la comprensión de que es tiempo ya, que debemos reconocer Jerusalén como capital de Israel”. ¡Ah! Jerusalén, peleas y luchas aún existen. Pero hay una esperanza maravillosa para ti, esa es la única que es real: Apocalipsis 21:9-27.

Día 5

Hch. 21:17-20

Invitación al cuartel general

Pablo y sus compañeros se prepararon para visitar a Jacobo y a los ancianos de la iglesia. A él le importaba tener una conversación bien abierta, ya que habían acontecido muchas cosas desde que había dejado más o menos diez años atrás el concilio de los apóstoles (Hch. 15). Por eso Pablo habló, después del cordial saludo, de su labor misionera, contando cronológicamente “una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio” (v.19).

Qué bueno y sabio actuaron los responsables de la iglesia, dándole al “repatriado” la oportunidad de presentar su trabajo y su visión de los sucesos. Es una parte de las roturas de nuestra vida, que nunca podamos abarcar la visión completa de algo, y que por lo general nos inclinamos a los argumentos fuertes, y -sin querer- a veces juzgamos y actuamos de manera injusta. Un ejemplo clásico leemos en 1.S. 16:3-13

¡Cuántas veces Pablo tuvo que defenderse contra prejuicios y justificar su actitud! En todo esto se entrenaba a independizarse de opiniones humanas (1.Co. 4:1-5; 15:5-10). Jesús le había llamado a un ministerio especial (Hch. 22:14-16,21). Su propósito de la vida, consistía en llamar a los gentiles al pacto con Dios; eso era incomprensible para un judío piadoso: *La justificación delante de Dios no se consigue por las obras de la ley, sino solo por la fe (Ro. 3:21-26). Adán es el “jefe” de la humanidad perdida. Solo Cristo salva, no el cumplimiento de la ley. Él es el “jefe” del nuevo pueblo de Dios, la iglesia (Ro. 5:12ss).*

¿Cómo es posible que un estudiado rabí difundiera tal doctrina? ¿Cómo podía Pablo, siendo judío, dejar públicamente la sinagoga y dirigirse a los gentiles? Las tensiones que se produjeron por eso, difícilmente las podemos entender hoy en día. Ellas se descargaron una y otra vez como candente lava de una erupción volcánica.

Día 6

Hch. 21:20-26

Situación peligrosa

A la iglesia central en Jerusalén habían llegado muchas informaciones acerca de Pablo, algunas con grandes imputaciones, como por ejemplo: “se les ha informado en cuanto a ti, que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos, ni observen las costumbres”. Jacobo no esperaba mucho tiempo, sino se dirigía con palabras claras al hermano Pablo. La situación debe haber sido tan difícil, de manera que esa primera conversación no terminaba con alabanza, sino con un plan bien detallado.

Pero, ¿por qué la situación en Jerusalén estaba tan tensa? ¿Por qué Jacobo mencionaba específicamente a “millares de judíos que han creído; y todos son celosos por la ley”?

Nos encontramos en el año 56/57 d.C., en el que el movimiento de liberación contra los romanos estaba creciendo. Un papel (rol) muy importante tenían los Zelotes, ellos eran fanáticos por guardar la ley. Un grupo eran los temidos “sicarios”*. Ellos aprovechaban los tumultos de gente, para matar apuñalando a judíos, que no guardaban toda la ley. Por lo general los asesinos se escapaban desconocidos. En forma especial se observaba a los creyentes judíos: ¿cumplirían realmente la ley?

Ahora llegaba Pablo, que según los comentarios era todo lo contrario de ser fiel a la ley. Por eso el consejo de Jacobo: “Pablo, haz algo donde claramente se demuestre que respetas la ley de nuestros padres”. Pablo debía, después de haber vivido entre los gentiles, purificarse conforme al culto en el templo. Además había cuatro hombres, que tenían que proceder de la misma manera. De ellos debía preocuparse y también pagar los gastos, que no eran pocos. Esto sería una clara y pública demostración de su amor a la ley. Esto quitaría la presión de la “calurosa” situación. Así pensaban todos. (Lea Ro. 12:18; 14:19.)

*portadores de puñal (lat. sica = puñal)

Día 7

Hch. 21:27-34; 1.Co. 9:19-23

Casi linchado

Pablo se sometió al consejo. Él quería evitar cualquier cosa que fuera un peligro para sus hermanos en la fe. Pero él mismo cayó en peligro de perder su vida. Con la lectura bíblica de hoy podemos reconocer impresionados cómo “Dios escribe bien derecho, aún sobre líneas torcidas” (P. Claudel). En esa situación, las “líneas” en la vida de Pablo realmente eran muy torcidas, porque unos gritones llenos de odio alborotaron con falsas acusaciones a toda una multitud. Ellos agarraron la ocasión para, de manera astuta, quitarse por fin de encima a ese falso maestro.

Probablemente muchos amigos de Pablo estaban en la misma hora también en el templo. Consternados vieron lo que pasaba con él. Pero, ayudarlo en ese momento, hubiera sido muy peligroso para sus propias vidas. Por eso: más bien callarse, para no llamar la atención y desaparecer en esa multitud enfurecida. Las puertas del templo enseguida se cerraron. Pablo fue golpeado brutalmente y echado fuera. Allí lo querían matar.

Jacobo con los demás ancianos había dado un consejo, que dejaba ahora a todos confundidos, sin palabras. Cuántas veces nos pasa también, que se considera algo muy detalladamente, pero después la realización cambia totalmente. “Yo creo, que nuestras faltas y equivocaciones no son en vano, y que para Dios no es más difícil arreglárselas con ellas, que con nuestras aparentes buenas obras” (D. Bonhoeffer).

El rescate de la muerte segura, trae justamente -un gentil-, el tribuno romano Claudio Lisias con sus soldados (Hch. 23:26). Esto era la línea divina, que se reconoce en ese indescriptible caos.

El Señor aún tiene planes con su siervo; el tribuno, sin saberlo, le sirve de herramienta. Pablo experimentaba literalmente: “Dios, nuestro Dios ha de salvarnos, y de Jehová el Señor es el librar de la muerte” (Sal. 68:20).

Día 8

Hch. 21:31-40; Sal. 11:4; Hab. 2:20

El gran silencio

El maltratado Pablo fue arrestado, atado con cadenas y arrastrado a la fortaleza Antonia ubicada al noroeste del templo. Los fanáticos de la ley gritaron: “¡Muera!” (comp. Jn. 19:15). Caer en manos de una multitud de asesinos, es muy estresante. El corazón palpita a toda velocidad, las rodillas tiemblan, el sudor corre por todo el cuerpo. Pablo se escapó de esa situación peligrosa a duras penas. No había un enfermero que se ocupara de él, que le lavara y vendara las heridas y le diera un tranquilizante. Sin perder tiempo, Pablo se dirigió al jefe de los soldados. Ahí recién se aclaraba, que el tribuno pensaba que él sería el cabecilla buscado, que entrenaba a 400 sicarios en el desierto.

Pablo aclaró la equivocación y pidió poder hablar a la multitud alborotada. “¡Qué hombre!”, habría pensado el centurión, y le dio permiso. En el templo Pablo no había podido hablar a sus contemporáneos. Pero ahora, en las gradas de la fortaleza Antonia, podía hablar a *Jerusalén*. Se había hecho un gran silencio, cuando hizo señal con la mano: ¡oídmeme!

El centurion no logró tranquilizar a la multitud, pues todos gritaron a la vez una cosa y otra (v.34). ¿Por qué lo logró Pablo con una señal de la mano? Porque aquí de nuevo escribió nuestro Señor *su* texto sobre líneas torcidas. Él hizo posible que el alboroto se transforme en una evangelización, que la tormenta de indignación se calme (comp. Mr. 4:39).

“Toda la ciudad” (v.30) tenía que escuchar a Pablo, tenía que conocer su testimonio de vida y de Jesús. Este era nuevamente un día, en el que Dios extendía sus manos a Jerusalén a su amado pueblo (Is. 65:2). ¿Cómo terminará?

Día 9

Hch. 22:1-5

Celoso de Dios

Cuando Pablo habló en hebreo, “guardaron más silencio”. Asombrados se dieron cuenta: ese hombre viene del centro de nuestra tradición. Él fue cuidadosamente instruido, junto con profesores bien conocidos. ¿Hemos escuchado bien? Yo era “celoso de Dios, como hoy lo sois todos vosotros”. Un murmullo se extendió por entre el público.

Pablo les contó cómo se efectuó su celo por Dios. Él perseguía a los seguidores de Jesús hasta la muerte, entregó familias enteras a la ejecución. Esto agradaba a los judíos religiosos y mandaron al fanático joven hasta Damasco, para también allí prender a los seguidores de Jesús y traerlos a Jerusalén, para juzgarlos. (comp. Gá. 1:13,14).

Para el joven Pablo era claro, que la ley de Dios era indispensable para una vida próspera, como lo describe por ejemplo el Salmo 1. Ella instruía en el orden, daba orientación y estructura para la vida. Ese fundamento debía ser defendido ante cualquier otra cosa. Pablo pensaba que tenía que ayudar un poco a Dios, para destruir completamente a ese movimiento de Jesús.

¿Cómo es posible, que un hombre instruido en la Palabra de Dios, actuara tan brutalmente contra aquellos, que pensaban diferente? Como la misma serpiente podía entremeterse en el paraíso, así también la tradición piadosa se puede desarrollar a fanatismo ciego. La bendición de la tradición y la maldición del fanatismo son los dos lados de una misma moneda.

La hipocresía es otro peligro que se puede esconder bajo el piadoso manto de la tradición. En ese peligro nunca cayó Pablo: él no era un adaptado simpatizante, que de manera rutinaria se congregaba, oraba, porque así había que hacerlo. Él no aparentaba vivir en piedad, siendo muerto hace tiempo en su interior.

También Jesús ha criticado mucho las consecuencias de tradiciones muertas. (Lea Mt. 23:13ss; comp. Gá 2:11-14.)

Día 10

Hch. 22:6,12-15; Mt. 5:17,18

Tradicición a nueva luz

Después de lo que vimos ayer respecto a los peligros de la tradición, queremos hoy buscar ayudas para salir de estos peligros. Pablo había declarado a sus contemporáneos, que él había guardado totalmente la ley. Ella era su vida, su gozo, y sostén. Él vivía y cumplía lo que por ejemplo leemos en Sal. 19:7; 40:8 y 119:44. Todo lo que él decía, sus oyentes lo podían controlar, pues en los archivos había un expediente acerca de él (v.19,20). Todo eso era cierto.

Pero entonces, sin su intervención, todo fue puesto en una nueva luz. No era la luz como de una lamparita de aceite de la propia justicia de la ley. Una luz del cielo, visto nunca antes, iluminaba su vida, sus pensamientos, sus opiniones. Jesús de Nazaret, el crucificado y resucitado, cambiaba su vida por completo.

Esa es también la ayuda decisiva para nosotros, que una y otra vez debemos buscar: no seguir las costumbres anticuadas y resistir a cada intento de cambios, sino verlas a la luz del Señor Jesucristo. Así era posible, que “un varón piadoso según la ley” podía decir a Pablo: “El Dios de nuestros padres te ha escogido para que... serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído” (v.12-15).

Esto era su vocación, estos eran los nuevos rieles, sobre los cuales el tren de su vida iría en el futuro. Cuando Pablo leía después en la torá, entonces en los textos bien conocidos brillaban nuevos conocimientos para él (comp. Jn. 5:39,40; Ro. 16:25-27).

Por eso en muchas cartas Pablo desarrollaba incansablemente los temas “ley y gracia”, “profecía” por los profetas y “cumplimiento” por Cristo. (Lea por ejemplo Gá. 3:21-29.)

Día 11

Hch. 22:6-16; Ro. 1:1-7

Anhelo de salvación obtenida fuera de lugar

La historia, de la cual habló Pablo, pasó más o menos hace veinte años atrás. En Hch. 9 nos la contó Lucas. Ahora escuchamos a Pablo, hablando en forma personal: yo, el rabí muy celoso, fui frenado por Dios en mis celos. Al mediodía, no era un sueño o una visión que se podría interpretar de una u otra manera. Postrado en el suelo escuché una voz que preguntaba: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Yo pregunté: “¿Quién eres, Señor?” “Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues”.

Desde ese momento sabía: a éste Señor le pertenece mi vida. Él me mostraba los próximos pasos. Encandilado me llevaron a Damasco. Mi futuro con Jesús había comenzado.

Esa historia pasó hace 2000 años y describe (independiente de la moda), cómo una persona llega a ser cristiano.

El anhelo de salvación de nuestros contemporáneos a veces parece enfocada fuera de lugar, por ejemplo en películas de ciencia ficción. En estas aparecen mundos lejanos, poderes extraterrestres ú ocultos, se trata de aliens y aventureros, de cuadros futuros, que se presentan cubiertos con un manto de realidades científicamente fundadas.

Algunos otros se enriedan en el laberinto de portadores de salvación personal, poniendo estatuas de Buda en su jardín o colores “Feng Shui”. En todo esto podemos testificar a nuestros prójimos con gozo y convicción, en qué lugar se satisface el anhelo de salvación realmente: junto a Jesucristo (Jn. 7:37; Ap. 22:17). El que llega a ser cristiano, está tratando con una persona viviente, no con un poder de ciencia ficción.

Si hoy cada uno de nuestros lectores anotaría, de qué manera el Señor Jesús le habló a su vida y le hizo cambiar de rumbo, obtendríamos un colorido *libro de milagros*.

Ojalá, el informe de la conversión de Pablo en el *libro de los libros* nos haga recordar una y otra vez que “¡nada hay imposible para Dios!” (Lc. 1:37; comp. Mr. 10:27).

Día 12

Hch. 22:16-21; Ro. 10:11-13,20,21

De enemigo de Jesús a amigo de Jesús

Pablo se dejó bautizar, una señal de que se había “sumergido” en la muerte y resurrección del Señor Jesucristo (lea Ro. 6:3-11). Con esto testificaba el apóstol que había recibido por la fe el perdón de sus pecados, que le fue prometido por el hermano Ananías. No le había sido muy fácil, pues en sus manos “pegaba sangre”. Más tarde él hablaba abierta y humildemente acerca de que necesitaba mucho el perdón (1.Ti. 1:12-17).

A sus oyentes ante la fortaleza Antonia, Pablo contaba ahora su historia, acerca de la cual hasta el momento no había hablado en público. Ellos debían entender de que era el Dios viviente, que al enemigo de Jesús lo había hecho un amigo de Jesús. Después de su experiencia en Damasco había vuelto a Jerusalén (Gá. 1:17,18). Según su costumbre iba al templo.

Así como les pasó a varios, escuchando una predicación se les conmovió el corazón por el toque del Espíritu Santo, de la misma manera ocurrió también en el templo en Jerusalén una y otra vez, Dios se revelaba de manera especial (por ejemplo Is. 6:1-8; 1.S. 3:1-11; Lc. 1:5-19).

Pablo oraba en el templo. Entonces Jesús le mandó dejar urgentemente a Jerusalén. ¿Por qué? Esto no es lógico, pensaba Pablo. La clara respuesta era: “¡Ve, porque yo te enviaré lejos a los gentiles!” A los gentiles, los que estaban lejos de Dios. Él mismo ni soñando hubiera tenido tal idea. ¡Esto deberían entender sus contemporáneos! “Digo la verdad en Cristo; no miento. ... Me invade una gran tristeza y me embarga un continuo dolor. Desearía yo mismo ser maldecido y separado de Cristo por el bien de mis hermanos, los de mi propia raza, el pueblo de Israel”, escribió a los hermanos en Roma (NVI; Ro. 9:1-5 y 10:1-3).

Día 13

Hch. 22:21-28; Lc. 4:16-32

Punto de mira y punto de agitación (ebullición)

“Pero me dijo: Vé, porque yo te enviaré lejos a los gentiles”. Con esta frase se alcanzó el punto de vista del discurso de Pablo y al mismo tiempo el punto de hervidero de ira de sus oyentes. La chispa en el fusible de la indignación es la palabra "gentiles". La reacción es la franca amenaza de muerte: “¡Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva!”

De manera muy parecida lo experimentó Jesús en Nazaret, después de su predicación en la sinagoga. Porque Él explicaba que en el tiempo de Eliseo no se curaban israelitas de la lepra, sino solo el gentil, Naamán. Enfurecidos agarraron a Jesús, lo expulsaron de la ciudad y querían despeñarle (Lc. 4:29; comp. Mt. 4:13-16).

Pablo aparentemente estaba perdido en el engranaje del poder. El centurión de la fortaleza Antonia quería saber porqué ese hombre poco llamativo provocaba tanto revoltijo. El mandaba que fuese azotado. Al delincuente se le quería sacar por la tortura de los azotes una confesión de sus culpas. Le ataron con correas a una columna de tal forma que los estirados músculos dolieran mucho más por los azotes.

Pero antes que empezara la tortura, Pablo se remitió a su derecho de la ciudadanía romana. Entonces se aflojaron los brazos levantados de los verdugos. Rápidamente informaron al centurión. Este se tuvo que persuadir que Pablo era romano de nacimiento (comp. Hch. 16:36-40).

Algunos gritarían: ¡tuviste suerte! Pero Pablo diría: Aquí intervino mi Señor. Él organizaba, antes que yo le conocía, que yo naciera como ciudadano romano. Yo mismo por mucho tiempo no percibía de cuántas maneras me había protegido el Señor. Aún mi servicio no se terminó. Aún soy su testigo. Mi tiempo y mis circunstancias están en la buena mano de Dios.

Día 14

Hch. 22:29,30; Lc. 17:7-10

¿Trabajo y oración en vano?

“No es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos”, eso dijo Jonatán a su paje de armas (1.S. 14:6). Él experimentó la ayuda del Señor, su confianza en Dios fue recompensada. Y, ¿qué de Pablo? ¿Acaso no había fracasado en todo? El viaje a Jerusalén, bajo la guía del Espíritu Santo, terminaba en un fracaso. Ellos habían orado mucho por ese evento, solos y junto con los hermanos, que le acompañaron (comp. 2.Cr. 6:19; Sal. 65:2; Jn. 14:14). La humilde sumisión bajo la ley, aconsejada por Jacobo y los ancianos, no evitaba la catástrofe (cap. 21:27-30). ¡Al contrario!

Después el apóstol habló a sus contemporáneos, judíos seriamente religiosos, que atendían de corazón la ley de Dios, amaban la Tora y vivían de acuerdo a ella. Él hablaba a ellos con toda claridad y apertura, explicándoles el camino que Jesús había andado con él. Él daba cuenta delante de todo el pueblo porque tenía que llevar el evangelio a los gentiles, porque Dios quería poner al lado del pueblo elegido, otro pueblo de su elección.

Sin embargo todo su empeño aparentemente estaba en vano. Parecería como si fuera un ejemplo práctico de: “cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lc. 17:10; comp. 1.Co. 9:16,17).

Es muy humano de que uno quiera ver fruto de su trabajo. Pablo conocía la prueba del aparente esfuerzo en vano, pues escribió: “... estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1.Co. 15:58; comp. 2.Cr. 15:7; 32:7; Zac. 8:9). “A veces nos parece haber trabajado en vano, pero en la eternidad se aclarará, de que no era así” (F. v. Bodelschwingh).

Día 15

Hch. 22:21,22; Jer. 31:2

¿No merece la pena?

El final de este día dramático en Jerusalén era triste y trágico. Triste, porque el pueblo, que se había reunido en el templo, rechazaba la solicitud e invitación de Dios. Obstinado, manteniéndose duros en su opinión, rehusaron cambiar su manera de pensar. El Espíritu Santo no llegaba a sus corazones, como en Pentecostés, no estaban dispuestos a preguntar: “¿qué debemos hacer?” (Hch. 2:36-39). Trágico, porque entonces acontecería lo que estaba profetizado: el juicio sobre Jerusalén y todo Israel (Mt. 23:37,38).

Jacobo, el hermano del Señor, fue apedreado por una pérfida acusación, más o menos cuatro años más tarde de este acontecimiento (62 d.C.), Pablo y Pedro murieron pocos años después como mártires en Roma. Así a los judíos creyentes se les quitaba a sus líderes. A todos los cristianos, tanto para los gentiles como también para los judíos, se acercaron tiempos de mucha persecución (comp. He. 11:36-38).

Algunos se mantuvieron firmes en la fe, pero otros se quebraron y bajo las tremendas torturas renunciaron a su fe. Nadie de nosotros sabe, si puede mantenerse firme en las pruebas y persecuciones. Sin embargo tomemos sobre nuestro corazón, para no olvidarlo nunca: “mas el que persevera hasta el fin, éste será salvo” (Mt. 24:13; comp. Ro. 8:33-39).

Con esto hemos considerado nuestras circunstancias terrenales. Ahora hagamos una mirada al corazón de Dios. Él no es un hombre como nosotros, pero en toda la Escritura se nos describe en muchos lugares su dolor por el rechazo de su amor hacia nosotros. Si usted puede tomarse el tiempo, lea Ezequiel 16, un gran capítulo acerca de la solicitud y rechazo. El equivalente en el Nuevo Testamento a esto es Mateo 21:33-46.

A pesar de todo, sobre todos los hombres y todos los tiempos está vigente la promesa divina del Dios que espera: “... me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Y seré hallado por vosotros” (Jer. 29:13,14a).